EL ASESINATO DE LOS DORILIDOS

por Jesús María Zuloaga Zuloaga

¡Malditos imbéciles! Unos botes, unos cilindros, llenos de licores, venenosos, aniquiladores, pintados con figuras de insectos condenados a muerte; unos pulverizadores que, con una sola mano que sostiene, un solo dedo que aprieta el siniestro artilugio que expele destrucción, son, en las estanterías de los supermercados, en las tiendas de cualquier pueblo, ¡hasta en las farmacias!, anuncio de suicidio brutal... epitafio para insectos que quieren vivir, como perros guardianes, con el hombre, y éste, no les quiere, y les rechaza.

¡Con una sola mano, un solo dedo que apriete el ingenio, por donde abre su amenaza el orificio letal, le hombre prepara, con la frivolidad de quien espanta moscas con el plumero, su propia destrucción!

Esta fue la historia del intento de aniquilamiento de la República de los Dorílidos... de la Gran Familia guerrera que tenía en su propia feroz brutalidad, espantosa, la mejor defensa del hombre, frente a los pobladores hambrientos del bosque, los pequeños bichos que muerden poco a poco, los que están en los rincones descuidados de los desvanes y de las habitaciones donde el sol apenas entra, donde el aire está siempre quieto. ¡Pequeños implacables enemigos que, sólo ellos, los guerreros de la República silenciosa pueden vencer, destruir, reducir a obediencia manteniéndoles en alejada y temerosa actividad, que deja a salvo al hombre... ¡Ese mismo hombre que ahora mismo, ¡Dios!, está apretando el botón del cilindro metálico «Mata-Hormigas»...!

Esta es la historia aquella...

Fue inútil que los historiadores clamaran por el primer estremecedor testimonio venido de las tierras calientes de Méjico.

Tal testimonio aparece en un diario que escribió el secretario del Padre Alonso Ponce, General de la Orden Franciscana en Méjico, durante los años 1584 a 1589. Al describir la situación de una parroquia de la diócesis de Guadalajara, dice lo siguiente: «Hay muchos escorpiones venenosos y chinches voladoras y otros insectos, todos ellos repugnantes y de picadura dolorosa, contra los cuales ha provisto Dios este maravilloso remedio: en ciertas ocasiones llegan a la ciudad grandes ejércitos de unas hormigas a las que llaman arrieros, las cuales entran en las casas y, sin hacer daño a nadie, se suben a los tejados, matan a todos los escorpiones y chinches que se encuentran en una casa, pasan a la siguiente, obran lo mismo, y a continuación se trasladan a otra, y de esta

manera lo van limpiando todo».
Tambien, de nada sirvió la sabiduría de que Darwin, en el otoño de 1832, encendiera la luz roja de peligro. Ni que más cerca en el tiempo, el doctor Theorode C. Sheineirla, en 1932, repitiera que había que dejar aparte a los batallones de los dorílidos. Tampoco fueron oídos los gritos de angustia de Albert Raignier, Joseph K. Van Boven, James W. Chapman y Thomas Borgmeier...
Nada se hizo hasta que, tras el asesinato de los guerreros, entró en la ciudad la muerte, a dentelladas diminutas, como alfileres mojados en ácido, de aquellas negras, peludas bocas insaciables, ahora en la impunidad del enano que salta por encima del gigante vencido y ataca.
La ciudad estaba de fiesta en todos y cada uno de sus barrios, menos en el suelo de las praderas donde las hormigas macho, los guerreros dorílidos yacían sin vida. La ciudad se entretenía aturdida insensatamente en la inauguración de los nuevos espacios verdes, de los espacios ecológicos defensores de la naturaleza maltrecha por las urbanizaciones.
La banda de música tocaba en el Gran Parque, debajo justo de la centenaria olma gigante.
En este punto, empezó la guerra de revancha de los insectos «gobernados» hasta entonces por la necesaria dictadura de los guerreros, de los dorílidos ya acabados, por la estúpida acción de los insecticidas indiscriminados. ¡Una vez más, le hombre mataba sin mirar antes!
Ved.
Sobre los labios aplastados del que soplaba en la caña cortada del clarinete cayó la primera araña... Era una araña pequeña; pero si el desgraciado músico hubiese podido verla con lente de aumento, hubiera descubierto con pavor que el insecto tenía los ojillos cuajados de sangre y reía truculentas carcajadas. Sí, sí, carcajadas histéricas entrecortando «palabras» que «decían»:
¾Imbécil... idiota... vas a morir a partir de ahora... tú has quitado de en medio a nuestros enemigos. Los dorílidos han muerto. Tú los has matado. Ahora mandaremos nosotros. Sí, sí. Tú los mataste. ¿Recuerdas?... ¡Ja, ja, ja!... El cilindro colorín colorado en la mano, y el dedo índice, a punto. ¡Apriete cretino! Todos ellos paralizados primero y muertos después... No ha quedado en este contorno ni uno...
Después fue una preciosa mariposa, alas de nácar, colores como de esmalte fino, brillo de metal precioso la que cayó en picado en el escote mismo de una dama exuberante. Un susto sonriente. Henchida de vanidad, la dama miraba a su alrededor buscando en el asentimiento, en el aplauso tácito de cuantos la acompañaban el reconocimiento de la bella conjunción que mariposa y pecho palpitante componían en aquel momento. Era una mariposa helicónida de grandes alas finas y suaves en las que los amarillos y ocres predominaban sobre todo otro color, rematado todo ellos con el alfiler azul del alargado cuerpo del insecto. La dama tomó con la punta de los dedos una de las alas de la mariposa. De pronto, aquella belleza pequeña y singular se convirtió en agresión toda ella, repentina, furiosa que entró pro entre los abundantes senos hacia abajo. La infeliz gritó, gritó mirando al cielo primero, después a los lados buscando con angustia una ayuda imposible. La helicónida iba tomando

posesión de su cuerpo entero y, en los lugares más sensibles, mordía sin piedad, mordía hasta el fin, hondamente.

El dúo de gritos lastimeros de la dama y el músico fue como una señal.

Una serpiente arborícola de cabeza achatada iba al frente de la tropa espantosa.

Ved... ved... ved, aunque la visión os rompa de pavor el alma y tuerza vuestar garganta de angustia.

Ese escarabajo enloquecido que trepa por el rostro del niño y muerde primero un ojo y luego en el otro. Cae al suelo el infantil cuerpo. Más escarabajos, más arañas, escorpiones, espesas masas de hormigas estériles. Todo ello fue trepando hasta cubrirle por entero: fue trepando lenta, pavorosamente hasta ser alfombra, hasta ser manto sobre el cuerpo del desdichado.

Una mano que apoya la palma en el follaje de una enredadera. La arañas aquí no son pequeñas, arañas de campo de color ceniza, sino negras como tarántulas venenosas. Todas en tropel se agolpan en la mano. Ninguna de ellas «piensa» en subir brazo arriba. Les basta la mano para entrar en la sangre del infeliz y llevarlo al suelo retorcido de dolor.

El gentío parece bailar una danza infernal. Por abajo cucarachas, escorpiones, arañas y otros viles insectos; por arriba mosquitos, abejas, avispas, mariposas, todos ellos enloquecidos, todos ellos irritados, hambrientos, hambrientos de una hambre de venganza retenida cientos, acaso miles de miles de años.

Como cascada de una chacra repugnante ranas y sapos caen dentro del trombón del músico; ensucian las cabezas de todos y después resbalan por el rostro. Unas veces van directamente al suelo y otras se filtran, se cuelan por entre las ropas y hacen más apestosamente blando aquel horror.

¡Ah, pero aún no habían llegado las ratas!

La gran familia roedora, habitante permanente de las cloacas, sale por las alcantarillas impetuosamente y alcanza en pocos segundos el sitio en donde los insectos les han precedido en la truculenta labor. ¡No, no... No cerréis los ojos, abridlos puesto que vosotros mismos, y no otros habéis sido quienes han maniatado primero y derribado después a quienes mejor podían defenderos!

La acción de los insectos no ha producido sangre aún. Pero las ratas sí. Los finos dientes de aquellos seres que brincan por los cuerpos aún vivos hacen brotar el rojo testimonio de la sangre. Y son el calor y el color de ésta quienes enloquecen aún más a los miembros de aquel despiadado y vengador enemigo enano.

Por último, si es que al final podía ser posible en aquellos momentos, por último digo, llegaron las lombrices de los cementerios llamadas misteriosamente por la voz del miedo.

Ved aquella mujer que trata de incorporarse. Sus cabellos son una mezcla de avispas, abejas, lagartijas, lagartos, sapos y lombrices. Sus manos mordidas, como hormiguero fabricado en la esfera de un péndulo activo. Sus ojos ya no existen y en sus huecos habitan, disputándose el sitio, toda suerte de malditos insectos.

Sí, todos lo sabemos.

Muy otra hubiera sido la suerte de aquel gentío desgraciado si no

hubiesen muerto asesinadas estúpidamente las hormigas arrieros, los dorílidos.

«La aparición de una columna de esta clase de hormigas siembra el pánico por doquier. Los insectos alados levantan el vuelo; los saltarines, cuando ven que se aproxima la voraz y terrible horda, escapan con frenéticos brincos. Las criaturas de andar más lento ¾incluso alimañas tan terribles como la tarántula, el escorpión, la solitaria hormiga obrera gigante y la araña licósida¾ son alcanzadas y depedazadas. Sus esfuerzos por escapar resultan vanos, pues si bien las hormigas son casi ciegas, pueden percibir el movimiento y arremeten contra todo lo que se mueve. Impávidas abruman numéricamente a sus víctimas. Penetran en los nidos de otras hormigas y libran con ellas encarnizadas batallas subterráneas. Invaden los placios de papel de las avispas y les arrebatan las larvas.

Estas batallas no se libran sin bajas y son muchas las hormigas que caen en la lucha».

Pero ya entonces era todo inútil. Imposible ver a los combatientes dando muerte a sus presas.

«Los pelotones de obreras se llevan a los escondites de retaguardia los pedazos que posteriormente servirán de festín a la reina, a las crías y a las hormigas nodrizas que se han quedado en el vivaque. Incluso animales de gran tamaño, sobre todo, si se encuentran imposibilitados o enfermos, sucumben al ataque de las hormigas guerreros».

De las entonces ausentes y vigilantes y necesarias hormigas protectoras del necio ser humano.

Todavía en la mano de uno de los caídos, un hombre joven , descubrimos el bote, el cilindro lleno de licor venenoso. Su dedo índice quedó a punto de apretar al artilugio para la destrucción indiscriminada. Mataba sin mirar y murió sin ojos.

Así el horror llegó el viento y con su fuerza las aves, los murciélagos y los vencejos que casi rastrean el suelo. Pero también venía el polvo en nubes espesas que oscurecían la poca luz del atardecer que ya para entonces era muerte, en un silencio apenas interrumpido, sólo mordido a veces por el estertor de agonía de los que morían los últimos.

*** * ***

Una ansiosa pregunta aparecía colgada de la inmensa telaraña que componía aquel caos:

¿Habría muerto también en el asesinato provocado por el hombre la Reina de las hormigas guerreros?

De la montaña bajaba un ruido, un largo suspiro como de prisa incontenida. Dos figuras humanas descomunales, gigantescas, de negro color avanzaban cogidas de la mano. Hemos dicho figuras humanas. Mirémosles mejor: brazos y pies tenían algo de la forma de los insectos, de las hormigas guerreros. Pero eran hombres. Hombre y mujer, que entraban ya en aquel solar de muerte.

A patadas y manotazos hicieron escapar a la muchedumbre invasora que se había creído libre hasta entonces. Debajo los cadáveres. Resto de

huesos y carnes rotas. La pareja se postró de hinojos y prorrumpió en un incontenible llanto sonoro.

¿Por quién llorarían?

Por la insensatez del hombre y por la indefensión de las hormigas guerreros. Una y otro parecían hechos de los dos seres: del hombre y de la hormiga. Tal fenómeno se encontraba explicación en el recuerdo registrado en la prensa local de una pareja de biólogos que quiso encerrarse en la soledad de una cueva, para vivir, sin más recursos que los que la propia naturaleza les dispensara, un tiempo que se suponía ilimitado. Y su alimento principal fue precisamente el picante, agridulce sabor de las hormigas. Después, un día, atraídos por la fuerza que emanaba la lucha sin par que reñían en los parques de la ciudad, hombres vencidos e insectos malditos llenos de rabia, también asesina, salieron de la cueva y, como les hemos visto, cogidos de la mano, llegaron hasta el lugar.

Están de rodillas. Gimen. Ahora, entrecruzan la mirada y, después de enjugarse los ojos con el antebrazo, funden su amor en una abrazo cerrado, en un beso ancho y caliente.

En la oscuridad de la noche, ellos también son negros, consumaron el acto carnal de ayuntamiento entre uno y otro. No era nada forzado ni previsto. Lo que ocurría podía titularse hijo consecuente de lo acontecido. La naturaleza debía continuar. Y puesto que bajo ellos no existía más que muerte y a su alrededor vigilante ansia asesina era preciso revivir.

Ella quedó embarazada, mejor dicho, preñada y... nacieron seis criaturas, seis reinas vírgenes y unos dos mil macho. Todos ellos mezcla de hombre y hormiga.

Estaba él contemplando sonriente, con los brazos cruzados, el feliz acontecimiento, aquel increíble, sobrenatural alumbramiento lleno de promesas de esperanza, cuando de pronto, por sobre las montañas, corriendo alocadamente camino abajo llegaron hombres y más hombres todos ellos armados de manera idéntica.

En la mano derecha un bote, un cilindro lleno de licor venenoso, aniquilador, pintado con figura de insectos condenados a muerte. Eran los pulverizadores que, de nuevo matarían sin ver, sólo para evitar una inexplicada repugnancia, un miedo nunca demostrado.

La pareja cayó fulminada en la masa espantosa que fue por fin definitivamente pulpa lívida de cadáver repelente, que ni siquiera los insectos que desde lejos observaban la escena quisieron para sí.

En la tierra cada criatura presta un servicio determinado. Esta verdad indiscutible la aceptan todos los seres de la Creación menos uno. Sabemos todos quien es. El hombre.